

XI

Madre del amor hermoso

Después de Cristo, María es nuestro modelo universal: un modelo apropiadísimo, un modelo de todas las virtudes y para todas las circunstancias de nuestra vida.

Ya la hemos estudiado como ejemplar en nuestra actitud de dependencia total hacia Dios, de glorificación fiel y de unión estrechísima con Él. También en nuestros lazos con Cristo, el Hombre-Dios, Ella es para nosotros un modelo precioso y encantador.

El Evangelio de la caridad

Nuestras relaciones con los hombres, con nuestro «prójimo», llenan gran parte de nuestra existencia y son importantísimas por más de un motivo. Jesús determinó con una orden clarísima cuáles deben ser, de modo general, estas relaciones: «*Amarás a tu prójimo como a ti mismo*»⁴⁶.

Cuando se estudia el Evangelio de cerca, uno se sorprende de la importancia que Jesús concede a este precepto, de la insistencia con que nos recomienda el cumplimiento de este deber, y de la multiplicidad de motivos que invoca para determinarnos a cumplirlo.

Es un mandamiento, el segundo, que El vincula al primero, el principal, y al que pone por decirlo así en el mismo rango: «*El segundo mandamiento es semejante al primero...*»⁴⁷.

Jesús parece tener una verdadera predilección por este precepto, al que llama «su» mandamiento, esto es, su precepto preferido: «*Este*

⁴⁶ Lc 10, 27.

⁴⁷ Mt 22, 37-39; Mc 12, 30-31.

es mi mandamiento: Que os améis unos a otros, como Yo os he amado»⁴⁸. Se trata de un «mandamiento nuevo»⁴⁹, aunque ya existiese bajo la Antigua Ley; y, por lo tanto, un precepto que El ratifica con su propia autoridad divina y humana. Esta será, y no otra, la señal por la que nos reconocerá como discípulos suyos, «si nos amamos unos a otros»⁵⁰.

Jesús emplea, por decirlo así, estratagemas divinas para determinarnos a cultivar su mandamiento. Seremos tratados por El exactamente del mismo modo como nosotros hayamos tratado a nuestro prójimo: «No juzguéis, para no ser juzgados —nos dice—; no condenéis, para no ser condenados... Dad y se os dará, pues con la medida con que midáis se os medirá... Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia»⁵¹. Al contrario, uno de los discípulos de Jesús nos afirma que «un juicio sin misericordia está reservado para quien no haya usado de misericordia»⁵².

Jesús va más lejos aún en su insistencia sobre este punto. Considera como hecho a El mismo todo lo que se hace a los suyos⁵³. Y eso no es un ardid sublime y conmovedor y una sustitución arbitraria: su afirmación se basa en la indudable y tan consoladora doctrina de la unidad de la cabeza y de los miembros en el Cuerpo místico de Cristo.

⁴⁸ Jn 15, 12.

⁴⁹ Jn 13, 34.

⁵⁰ Jn 13, 35.

⁵¹ Mt 7, 1-2; 7, 7; 5, 7.

⁵² Sant 2, 13.

⁵³ Mt 10, 40-42.

Y todos estos temas maravillosos el Artista supremo los condensa en el *stretto*, en el tema final de la *fuga* grandiosa de la historia de la humanidad. En el juicio final seremos juzgados únicamente, al parecer, sobre el modo como habremos practicado la caridad: «*Venid, benditos de mi Padre... Pues cuanto hicisteis a unos de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis... Apartaos de Mí, malditos, al fuego eterno... Pues cuanto dejasteis de hacer con uno de estos más pequeños, también conmigo dejasteis de hacerlo*»⁵⁴.

Nunca meditemos lo suficiente todas estas palabras, repetidas sin cesar por los apóstoles y comentadas por ellos de mil maneras. Debemos preguntarnos frecuentemente si tenemos la señal de los verdaderos discípulos de Cristo, y si cumplimos realmente este importantísimo precepto de su Corazón amantísimo.

María, Madre y Modelo de la caridad

La dulce Virgen María es la Madre y el tipo admirable de la hermosa caridad cristiana. El Amor del Corazón de Jesús hacia los hombres, y más especialmente hacia los niños, los pobres, los desheredados y los pecadores, lo encontraremos de nuevo, con mil matices conmovedores de ternura femenina, de condescendencia y de solicitud maternas, en el dulcísimo Corazón de María. Y es que Ella no es más que el eco y el reflejo suavizado de la infinita Perfección, que dijo y repitió a menudo: «*Como el Padre me amó, Yo también os he amado a vosotros*»⁵⁵. Y San Juan afirma que, «*habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo*»⁵⁶.

⁵⁴ Mt 25, 31-46.

⁵⁵ Jn 15, 9.

⁵⁶ Jn 13, 1.

Nadie pondrá en duda que la Santísima Virgen ama a las almas con un amor tan fuerte y tierno, que supera el afecto de todas las madres juntas.

Los hombres son para Ella las copias vivas y las obras maestras de Dios, y no puede hacer otra cosa que amar la semejanza viva y la obra de su Dios. Además, las almas llevan en sí mismas la vida misma de Dios, la gracia, y son los templos vivos del Altísimo, en los que Él se digna morar, o al menos son llamadas a eso; todo lo cual atrae sobre las almas la dilección y ternura respetuosa de María. Su amor por nosotros es un amor materno, y realmente el mismo amor que tiene a Jesús. Somos sus hijos por la vida divina que Ella nos comunica, y la maternidad, en la misma medida de su perfección, exige y comporta el amor. Siendo, así las cosas, ¿quién podrá medir la profundidad, la fuerza y la ternura del amor de María por las almas, puesto que en suma esta caridad debe responder a una maternidad «divina», ya que es causa de la vida divina en nosotros?

Y su caridad por nosotros es su amor por Jesús, lo cual determina también la intensidad y ternura de este amor. A nosotros la doctrina del Cuerpo místico nos parece a veces un hermoso sueño, una encantadora metáfora. Para María es una viva realidad. Ella realmente reconoce y ama a Jesús en nosotros. Sólo al oír pronunciar el nombre de Jesús, su alma se conmueve. A la vista de la semejanza de Jesús en sus miembros sagrados, todas sus potencias de amor se concentran sobre aquel que para Ella es otro Jesús, Jesús mismo.

A ejemplo de nuestra Madre

Madre amadísima, a ejemplo y según el precepto de Jesús, pero también a imitación tuya, queremos amar a los hombres.

Amarlos como Ella. Volveremos a hablar más en detalle de las cualidades de este amor. Por el momento nos detenemos en este pensamiento: debemos amar a los hombres con caridad

sobrenatural, por motivos sobrenaturales, con el mismo Sagrado Corazón de Jesús y el dulcísimo Corazón de María.

Esta hermosa frase, de que nos hemos de **amar** unos a otros, produce un sonido extraño en nuestro mundo frío, duro y egoísta.

No debemos sólo cultivar la afección natural que se experimenta con los propios parientes, amigos y bienhechores. Sí, debemos hacerlo, pero con una afección sobreelevada, sobrenaturalizada, alimentada a cada instante con el pensamiento de que Dios, Jesús y María así lo desean, y practicada según su ley y su ejemplo.

Debemos amar a **todos** los hombres, también a los extranjeros, a nuestros enemigos, a quienes naturalmente nos dejan indiferentes o no se ven libres de nuestros reproches.

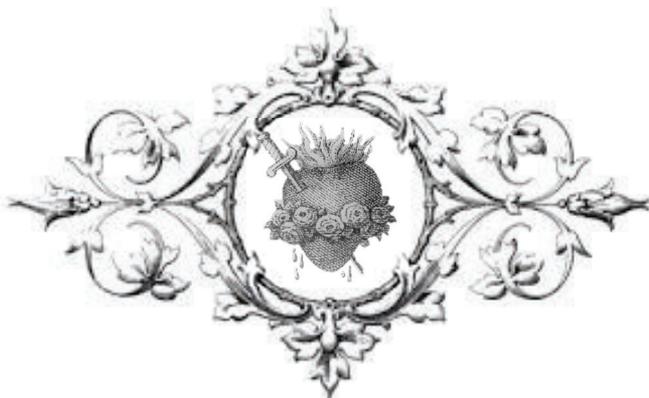
Debemos **amar** a nuestro prójimo. Todos saben lo que esto significa. Esta caridad no puede ser puramente negativa. No basta no molestar a nadie, no causarle ningún daño, no hacerle mal alguno. Debemos amar positivamente a nuestros semejantes, es decir, querer y hacerles el bien cuando se presente la ocasión, porque tal es la definición del amor: «*velle bonum*». Podemos hacerlo al menos por la oración, diciendo con nuestra divina Madre y con Jesús mismo: «*El pan nuestro de cada día dánosle hoy, y perdónanos nuestras deudas...*». El Padrenuestro es predicación y práctica de la caridad cristiana. Y eso puede decirse de casi todas las oraciones oficiales de la Iglesia.

Lo que importa sobre todo es que nuestra caridad sea sobrenatural. Lo será si amamos según el ejemplo de nuestra Madre. Ella repite las palabras de Jesús: «*Amaos los unos a los otros como Jesús os ha amado*». Debemos amar a nuestro prójimo, no a causa de un exterior atractivo, no por los dones y talentos naturales que tiene, y por su carácter alegre y agradable; debemos amarlo, no sólo por pertenecer a la misma nación, a la misma familia, a la misma patria; sino que,

juntamente con Nuestra Señora, hemos de amar a los hombres sobre todo en cuanto hijos de Dios, miembros de Cristo, hijos de la Santísima Virgen. No sólo hemos de amar al prójimo como hermanastro o hermanastra, sino como hijo del mismo Padre, Dios, y de la misma Madre, María.

Este último pensamiento, sin duda, facilitará y fortalecerá en nosotros el ejercicio y práctica de la caridad.

El ejemplo de la Santísima Virgen y la ayuda poderosa de su gracia nos conducirán al cumplimiento perfecto del precepto de que San Pablo dice: *«El que ama al prójimo, ha cumplido la ley»*⁵⁷.



⁵⁷ Rom 13, 8.

XII

Caridad que soporta y perdona

Como hemos dicho, la caridad con el prójimo ocupa un lugar predominante en la doctrina de Cristo. Nuestra Señora participa singularmente del amor profundo e inconmensurable de su Hijo Jesús por las almas. Queremos copiar cuidadosamente este doble Modelo y amar a nuestro prójimo con caridad sobrenatural, en Dios y por Dios.

El ejemplo de nuestra divina Madre nos enseñará también las cualidades de que debe estar revestida esta caridad. Muy especialmente nos hará perdonarlo y soportarlo todo; pero también será dadivosa y generosa, amable y atenta.

Nada es más conmovedor en la historia de la vida y pasión de Jesús que escucharlo murmurar estas palabras, en el mismo momento en que sus verdugos cumplían con su horrible trabajo: «*Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen*»⁵⁸.

Tampoco la Santísima Virgen, a la vista de las torturas indecibles infligidas a su Jesús, se dejó llevar por la ira, ni colmó a los culpables de sus maldiciones maternas, ni siquiera a los verdaderos y principales culpables en este drama del Calvario. Ella se mantuvo estrechamente unida a Jesús, ofreciendo juntamente con El sus propios sufrimientos y sobre todo los terribles dolores de su Hijo, como Corredentora por la salvación y felicidad de los hombres, incluidos los verdugos de Jesús, y repitió con El las divinas palabras: «*Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen*».

A Juan, el discípulo amado, que a pesar de esta predilección también había abandonado cobardemente a su Maestro y Amigo, y a Pedro,

⁵⁸ Lc 23, 34.

que además lo había negado vergonzosamente, Ella no les dirigió palabras de reproche, ni los rechazó lejos de sí, ni siquiera por algunas horas al menos, como castigo mil veces merecido; no, sino que con indecible bondad los acogió enseguida y los alentó a servir a Jesús con más fidelidad y amor que antes. Y si Judas, el traidor, el que mayor culpabilidad tenía en esta sangrienta tragedia, hubiese venido a Ella para manifestarle su pesar y desesperación por el crimen que acababa de cometer, Ella hubiese impuesto silencio a su Corazón materno y estampado en su frente ardiente, en nombre de Jesús mismo, el beso del perdón...

Con ternura materna y delicadeza admirable, Ella, la Inmaculada, admitió en su entorno a la pecadora arrepentida, María Magdalena, que sin duda le fue confiada por Jesús mismo para una purificación más completa y la formación de esta alma tan ricamente dotada.

María es y sigue siendo de este modo la Madre de misericordia y, a causa de esto, el refugio de los pecadores. Y no hay un solo pecador en el mundo, por muy metido que esté en el fango del vicio, por muy obstinado en el mal que se muestre, por muy cargado que esté de todos los crímenes del mundo, que, a su primera invocación, a su primera señal de pesar y arrepentimiento, Ella no esté dispuesta a acoger, a abrirle sus brazos maternos, a apretarlo contra su Corazón y volverlo a conducir al Corazón de Jesús, su amadísimo Hijo.

Y cuando el alma no se deja llevar a estos extremos, ¡qué buena y caritativa, qué paciente y longánima se muestra con todas nuestras debilidades y miserias!

Es que, sin duda alguna, Ella es la Mujer fuerte que ha de conducirnos a la conformidad con Cristo crucificado. Y Montfort nos recuerda que *«Ella reprende a sus hijos como caritativa Madre cuando faltan; y,*

algunas veces, hasta los castiga, amorosamente»⁵⁹; pero todo esto es obra de una caridad inagotable e indestructible. Su paciencia y su bondad no tienen límites. Ella es la Mediadora de todas las gracias. Todas las gracias actuales son muestras de la benevolencia y de las directivas e inspiraciones de María, después de serlo de Dios y de Cristo. ¡Cuántas veces por día Ella nos presenta sus gracias y nos invita a la mortificación, al recogimiento, a la abnegación, al empleo útil de nuestro tiempo, al espíritu de oración, a la caridad! Y ¡qué a menudo nosotros nos hacemos los sordos a sus exhortaciones, no concedemos ninguna atención a sus llamamientos, o resistimos de propósito deliberado a sus invitaciones maternas! ¡Y Ella vuelve cada día, cien veces por día, a presentarnos sus tesoros de gracias y suplicarnos que escuchemos sus consejos maternos! No hay cobardía ni negligencia de nuestra parte capaz de impedir que Ella cumpla con su misión materna, y que nos rodee con su ternura llena de solicitud.



Esta debe ser también, a ejemplo de la Santísima Virgen, nuestra caridad: una caridad que lo perdona y lo soporta todo. San Pablo nos lo enseña en su ditirambo espléndido sobre la caridad fraterna: «*La caridad es paciente, es servicial...; no se irrita, no toma en cuenta el mal...; todo lo excusa..., todo lo soporta»⁶⁰*.

Esta ley del soporte mutuo es muy importante, porque las lagunas en este punto nos conducen a un número incalculable de imperfecciones, o más bien nos establecen en un estado habitual de imperfección, ya que este deber se impone casi continuamente a nosotros. Jesús, al inculcarnos este precepto, recuerda un fenómeno psicológico que nos hace muy difícil este soporte. Y es que vemos

⁵⁹ Tratado de la Verdadera Devoción n. 209.

⁶⁰ I Cor 13, 4-7.

claramente los defectos del prójimo, que frecuentemente agrandamos, mientras que no somos conscientes de nuestras imperfecciones personales, a menudo mucho más graves. Eso nos pasa a todos. Haz la prueba con tus parientes y conocidos: para cada uno de ellos tendrás enseguida una etiqueta poco halagadora. Este es charlatán, aquel es curioso, descortés, arrebatado, perezoso y otras cosas. Pero cuando llegas a ti mismo, ya no te queda para ti ninguna de estas etiquetas: ¡ya las has distribuido todas! Y va sin decir que en cada constatación de este género añadimos para nosotros: «¡Yo no soy así...!». ¡Nos hacemos creer tan fácilmente que, en comparación con los demás, no tenemos defectos... o tan pocos!...

Frente a esta suficiencia pongamos la afirmación de Jesús, que en cierta medida se aplica a cada uno de nosotros: «¿Cómo miras la brizna que hay en el ojo de tu hermano, y no reparas en la viga que hay en tu ojo? O, ¿cómo vas a decir a tu hermano: “Deja que te saque la brizna del ojo”, teniendo la viga en el tuyo? Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo, y entonces podrás ver para sacar la brizna del ojo de tu hermano»⁶¹.

Acordémonos frecuentemente de este ejemplo de la viga y la brizna de paja. Es el caso de todos nosotros. Y que esto nos haga humildes y tolerantes según el espíritu de nuestra divina Madre, María.

San Pablo, que a las especulaciones dogmáticas más sublimes une un sentido muy profundo y justo de la ascética más definida, vuelve a menudo sobre el cumplimiento de este deber: «Os exhorto... a que viváis de manera digna de la vocación con que habéis sido llamados, con toda humildad, mansedumbre y paciencia, soportándoos unos a otros por amor, poniendo empeño en conservar la unidad del Espíritu

⁶¹ Mt 7, 3-5.

con el vínculo de la paz»⁶². Y en otra parte insiste de nuevo: «Revestíos, pues, como elegidos de Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia, de bondad, humildad, mansedumbre, paciencia, soportándoos unos a otros y perdonándoos mutuamente, si alguno tiene queja contra otro. Como el Señor os perdonó, perdonaos también vosotros»⁶³. Tratar a nuestros semejantes con bondad, dulzura y humildad, incluso en sus faltas y lagunas, es tener el espíritu de la Santísima Virgen; y llevados por él, hemos de seguir siendo pacientes y longánimos durante semanas, meses y años enteros, porque aquellos con quienes vivimos siguen cediendo a las mismas debilidades, a los mismos defectos.

Nos cuesta comprender esta lección, y aducimos mil razones para no tener que aplicarla en nuestra vida. Usamos como pretexto especialmente la extrañeza inverosímil de la conducta de algunos de nuestros semejantes. Es cierto que algunas personas pueden ser demasiado caprichosas, arrebatadas, susceptibles, versátiles, pueriles, pródigas, a veces malvadas, vengativas y crueles... Una vez más, la lista de las miserias humanas que frecuentamos, y que por desgracia llevamos también con nosotros, es interminable. Pero dejemos bien claro en nuestro espíritu que todos estos defectos, sin ninguna excepción, están incluidos en la ley del soporte mutuo, reclamado por la vida cristiana y mariana.

También es cierto que podemos y debemos practicar la corrección fraterna, y señalar al prójimo, en el momento propicio y con bondad y dulzura, sus yerros y defectos. Pero si estos avisos llegasen a ser inútiles —y así sucederá nueve veces de cada diez—, tendremos que evitar a pesar de todo los reproches, la dureza, la impaciencia y la

⁶² Ef 4, 1-3.

⁶³ Col 3, 12-13.

amargura. Tratemos de ser bondadosos con los caracteres difíciles, humildes con los hombres inflados y orgullosos, calmos y dulces con los violentos, y mantengámonos en esta actitud cristiana, aunque el prójimo se obstine en sus errores y defectos. Esta es la voluntad de Cristo y el deseo y el espíritu de la dulce, clemente, misericordiosa, humilde y amabilísima Virgen María.



Soportar y perdonar.

Es la ley que Jesús quiso inscribir en nuestra oración cotidiana, para que no la olvidáramos y nos sintiéramos obligados a cumplirla: *«Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores»*.

Muchos cristianos están en falta sobre este punto.

Es indudable que hay que distinguir entre el perdón concedido por la voluntad y el sentimiento de aversión instintivo y de rencor involuntario, del que no somos dueños. Si no cedemos conscientemente a estos sentimientos, y nos esforzamos por vencerlos y apartarlos, no habremos dejado de cumplir nuestro deber de caridad que perdona.

Y que no se diga: «No puedo perdonar. Me es algo absolutamente imposible». No podemos olvidar siempre las cosas, aunque podemos evitar el repliegue *voluntario* de nuestros pensamientos sobre la pena o injusticia sufridas. Pero *siempre* podremos perdonar: para eso basta un acto enérgico de la voluntad, que siempre podemos realizar a pesar de la repugnancia y repulsión instintivas. A este perdón de voluntad estamos estrictamente obligados.

Y debemos perdonarlo *todo*: todo lo que se hizo contra nosotros: burlas, desprecios, injusticias, calumnias, malos tratos, el mismo atentado contra la propia vida...; y también todo lo que, de algún

modo, se haya hecho contra nuestra familia, nuestros amigos, nuestra patria. Ningún pretexto puede dispensarnos de esta obligación.

Pecamos cuando alimentamos voluntariamente sentimientos de odio contra nuestros enemigos, cuando nos alegramos por sus desgracias, cuando nos negamos a darles las muestras de educación y caridad que normalmente se exhiben con todo prójimo, cuando intentamos vengarnos dañándolos en sus bienes, en su reputación, en su salud o en sus empresas.

Hijos y esclavos de amor de la Santísima Virgen, según el precepto de Cristo y el ejemplo heroico de nuestro Padre de Montfort, amemos a nuestros enemigos, recemos por ellos, hagámosle bien: *«Benedicid a los que os persiguen; benedicid, y no maldigáis... No devolváis a nadie mal por mal... En lo posible, y en cuanto de vosotros dependa, vivid en paz con todos los hombres. No toméis la justicia por cuenta vuestra, queridos míos, sino dejad lugar a la cólera... Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; y si tiene sed, dale de beber... No te dejes vencer por el mal; antes bien, vence al mal con el bien»*⁶⁴. Estimamos, según la sabiduría humana, que vengarse es una muestra de fortaleza; pero en realidad somos vencidos entonces por el mal. Los santos, Jesús y María, ante todo, fueron vencedores del mal por su bondad y caridad.

En todas las circunstancias, tanto las más graves como las menos importantes, debemos inspirarnos de estos principios. Montfort, a este respecto, fue un ejemplo magnífico de heroísmo. Exigió de sus hijos actos que se inspiren de estos sentimientos; pues nos prescribe en nuestra regla rezar especialmente por quienes nos hayan hecho alguna injuria notable, y ello durante nueve días.

⁶⁴ Rom 12, 14-21.

Sea nuestro propósito, a ejemplo de nuestro Padre y en el espíritu de Jesús y de su divina Madre, tener delicadezas especiales para con quienes nos entristecen o nos caen antipáticos.

Eso no es ni cobardía, ni hipocresía, ni falta de lealtad o rectitud. Es sencillamente sabiduría según Dios, aunque sea, es cierto, locura según el mundo. Es ver el fondo de las cosas: es ver al alma redimida por la Sangre de Cristo y las lágrimas de María; es apreciar en su justo valor la vida divina que está en esas almas, o que al menos se les ofrece y destina; es ser verdaderamente cristiano, consagrado a María y discípulo de Montfort.

